



Artelina y Ludín

Entre el rumor del río y las montañas que abrazan el norte de Medellín, los niños y niñas de Santa Cruz caminan cada día inventando juegos, palabras y futuros posibles. Allí, entre el polvo y el color, nace la esperanza sencilla y poderosa de que los mundos más seguros también pueden construirse con sus manos pequeñas.

El barrio Sinaí se extiende a la orilla del río Medellín, su columna vertebral y también su amenaza. El agua corre cerca, arrastrando basura, memoria y miedo cada vez que llueve fuerte. Las casas, apretadas unas contra otras, parecen sostenerse entre el barro y el ruido: techos de zinc, paredes grises y un polvo que nunca termina de asentarse. No hay parques ni juegos donde la risa tome aire con cada movimiento del columpio o donde el sudor resbale por el lisadero; solo calles y callejones estrechos donde los niños y las niñas inventan mundos y juguetes. En la sede social, el color resiste apenas en la fachada; allí siempre esperan tres gallos y un gato. El aire trae el olor del río, y sin embargo, la verdadera protagonista diaria es la alegría que brinca, salta, grita y abraza en piecitos con chancas rosadas, azules y verdes, curtidas y desgastadas por el polvo y las horas de juego.

Aquí, los niños y niñas son como los peces que el río Medellín ya no tiene: pululan por las calles, se asoman a las ventanas y saludan desde las puertas de las casas.

En Sinaí, las calles y las escaleras de las casas son los parques de diversiones. “¡Uno, dos, tres por Dilan que está detrás del poste! ¡Uno, dos, tres por Josiel que está corriendo por la tienda del viejito!” Así se teje la infancia entre el concreto agrietado y el cause del río, entre la precariedad y la imaginación desbordada.

Bastante más arriba, Villa del Socorro mira desde lo alto el norte de la ciudad. Para llegar, hay que subir cruzando los dedos, haciendo fuerza para que el carro aguante la pendiente y el conductor conserve la calma. Arriba siempre esperan sonrisas y abrazos pequeños: niños y niñas que, entre juegos y empujones, se disputan quién ayudará a subir los refrigerios.

Aquí la danza se despliega como un gesto propio, entregando color y ritmo a cada paso. “¡Uno, dos, tres, aplausos! ¡Uno, dos, tres... giramos!”, recuerda para todos y todas Luciana, mientras Liam corre, casi volando, para alcanzar la “Y” y completar el cartel que dice: Artelina y Ludín. El tiempo apremió para la muestra artística de Combocarte: ensayos, esfuerzo y dedicación hicieron posible una construcción colectiva de la que las familias fueron testigas emocionadas. -“Profe, ¿verdad que ustedes apenas van hasta febrero?”- mamá de una participante. -“Profe, ¿con quién hay que hablar para que continúen? ¡Vean cómo están de contentas las niñas y los niños!” - lideresa del sector.

En el acompañamiento con docentes hemos hecho presencia en la Institución Educativa Villa del Socorro y a la I.E. El Playón con la maravillosa compañía de *El Principito*, quien nos ha invitado a viajar junto a él por el asteroide B612 para reconocer el planeta de las niñas y los niños. En ese viaje conversamos y hablamos sobre la vida de niñas y niños, la libertad, las emociones y sobre didácticas no parametrales, esas que se tejen con el juego, la imaginación y la escucha. Como dice *El Principito*, “a las personas adultas les encantan los números”, y quizá por eso aquí los números también sean importantes:

Realizamos ocho encuentros con docentes, 47 visitas familiares y acompañamos aproximadamente a 220 niñas y niños, con una asistencia constante de cerca de 85 participantes semanales, reuniéndonos dos veces por semana. También realizamos una tertulia interbarrial en la que 32 niñas, niños y jóvenes participaron en un cineforo que luego se transformó en conversación: palabras que giraron en torno a las labores de cuidado, la familia y los sueños que cada quien tiene para su vida y su comunidad. Además, se desarrollaron 57 espacios de escucha individual y tres encuentros familiares.

Así, entre el rumor del río y las montañas que abrazan el norte de Medellín, los niños y niñas de Santa Cruz siguen caminando, inventando juegos, palabras y futuros posibles. En sus pasos, entre el polvo y el color, se adivina una certeza sencilla y

poderosa: que los mundos más seguros también se construyen con sus manos pequeñas.

